

Teatro

Un día a la vez

Marcy Alejandra Rangel*



EMILIO KABCHI

Desde pequeños, los venezolanos escuchan ese dicho de los mayores que reza: “Muchacho no es gente”. ¿Será porque los jóvenes están llenos de dudas? ¿Porque se atreven a cometer errores? ¿O porque no les da miedo probar todas las opciones que se le presentan en el camino? En cualquier caso, la juventud en todos los rincones del globo terráqueo está plagada de vicios, de incertidumbres, de deseos. Y para el escritor Ferdinand Bruckner esta es la única enfermedad de la vida del ser humano.

La enfermedad de la juventud es una producción de Hebu Teatro, dirigida por Diana Volpe, que solo estuvo cuatro semanas en la cartelera del Celarg y, luego de agotar la mayoría de las funciones, se presentó todo el mes de marzo en segunda temporada, en la sala experimental del BOD-Corp Banca Centro Cultural. La obra del croata versa sobre un grupo de seis estudiantes de Medicina que, desde un cuarto, van entrelazando sus destinos a través de los vicios y sus antojos. Es un texto que sensibiliza particularmente a quienes están viviendo la transición a la adultez, que se enfrentan con muchas facetas desconocidas de su yo interior y en donde el *aquí* y el

ahora se convierten en ley. Hay un ámbito de disección donde las pasiones se exploran, se calculan y se disgregan. A través de cuerpos jóvenes se proyecta un escenario irritable donde cada uno se entrega a los excesos.

Ese cuarto está lleno de realidades aumentadas: una cama en donde todos se acuestan con todos; dos puertas que conducen hacia nuevos escenarios, que el espectador no puede ver, pero imagina las acciones que ahí suceden y desencadenan consecuencias en ese cuarto central. Hay enciclopedias de mentira, celulares que no se usan, *puffs* que sirven de cama para las noches de excesos y un tráfico de personajes que van narrando sus desencantos con la vida mediante acciones concretas. Ellos estudian Medicina, pero la vida en el corto plazo les enseñará que hay enfermedades que no se curan con un *récipe* firmado por una caligrafía ilegible.

La enfermedad de la juventud narra cómo María se desilusiona de su *osito* Pedro, luego de dos años de relación. Irene es la *mosquita muerta*, de baja autoestima, estudiosa, pero con una dosis de malicia que la induce a tener un amorío con Pedro y, aún así, ofrecerle su amistad incondicional a María. En

tonces María se enamora de Desiré, su vecina de cuarto, con quien —a pesar de tener hiperactividad sexual— se siente insegura. Ahí aflora su personalidad de madre y de querer reafirmar y proteger cada una de sus emociones, que nada se dé por sentado. Interviene Federico, un alcohólico, drogadicto, ególatra y vago que solo está pendiente de sí mismo y lograr sus objetivos —que no tiene muy claros— pisoteando a los demás y entregándose a la locura. Una de las utilizadas por Federico es Lucía, la chica de mantenimiento del edificio que, enamorada de él, intenta complacer sus deseos más viles hasta prostituirse, aún con ciertos kilos demás y otro dejo de baja autoestima. Alex es el único que participa en la convivencia pero al margen de los demás. Desiré, sin duda, es una muchacha apasionada y *dark* a quien los vicios le jugarán una mala pasada, más allá de delirios y alucinaciones, haciendo que la historia se vuelva para siempre.

A ellos les pasa la vida. En el mismo cuarto donde conviven Bob Dylan, The Beatles, una laptop, libros y una cama, está la juventud. La única aventura de cualquiera.

* Periodista.